LA FIRMA | La imagen de Goya carga con deformaciones como la de su condición rústica y plebeya. La reciente localización de un viejo documento del siglo XVII ha permitido acreditar la condición hidalga del pintor

Por Guillermo Fatás

Goya, pintor linajudo



VITICOR

GOYA, contra lo que tantos parecen creer aún, felices con el tópico, ni era antimonárquico, ni hostil a Carlos IV, ni despectivo con la reina María Luisa, sino al contrario. Es posible asegurarlo por los sentimientos que el pintor consignó en cartas íntimas. La Familia Real tenía en Goya a un servidor sin reservas, cumplidor de sus obligaciones: pictóricas en Palacio y docentes en la Academia de San Fernando. Como eso rompe arraigados clisés facilones, conviene insistir: Goya, funcionario con acceso a las personas regias y con emolumentos en consonancia, nunca desmintió de palabra u obra esa prosaica y útil calidad.

También procuró ganarse el sueldo cuando, vuelto de Francia el nuevo rey Fernando VII —se querían poco—, hubo de pintar sus retratos oficiales, precisamente a la vez que creaba sus inmortales imágenes sobre las jornadas de mayo de 1808; que no fueron pintadas in situ y con los hechos en caliente, como muchos suponen, sino una vez que los soldados franceses abandonaron España.

Goya amaba la buena vida y el regalo de las comodidades que se encontraban en la Villa y Corte. Hubo un tiempo en que anduvo incluso un poco trastornado con el equivalente de lo que hoy sería un buen 'buga', esto es, un carricoche ligero y veloz con el que darse el gustazo de la velocidad, capricho por el que pagó sus dineros y que le costó algún percance.

La persona de Goya, a pesar de su fama universal y de su omnipresencia, es mal conocida en España y en Aragón. Los tópicos sobre su condición 'plebeya' (Dufour), los imaginados amores con la duquesa de Alba y su condición hosca y un punto cerril (deducción inapropiadamente razonada por algún autor a partir de su lugar de nacimiento) han triunfado sobre lo demás, también en el cine, que crea tópicos perdurables. Con ello se ignoran las ambiciones verdaderas del artista o el lustre de su tercer apellido, que llevó un general de Felipe IV. Goya era vástago de cuatro linajes hidalgos, condición que le constaba y sin duda le gustaba.

La familia paterna de Goya llegó a Aragón desde tierras vascas, como muchas otras de allí vinculadas a los oficios de la construcción, desde canteros y maestros de obras hasta artesanos y ornamentadores. Los Goya tenían su solar en el pueblo de Ceráin (Zerain, en grafía vasca actual), al lado de Idiazábal, donde se elabora el afamado queso. Y, según acaba de escribir Fernando García-Mercadal, ya es posible probar con documentos que era «noble por los cuatro costados»: Goya, Lucientes, Franque y Salvador. Los cuatro abuelos de Goya venían de familias cuya condición hidalga o infanzona estaba ya probada en los siglos XVI y XVII. Eso no los hacía gente rica, encumbrada o poderosa (José, padre del pintor, murió sin bienes), pero sí los incluía en un estamento la pertenencia al cual era un vigoroso elemento de conciencia.

«Ya es posible probar con documentos que Goya era 'noble por sus cuatro costados': Goya, Lucientes, Franque y Salvador»

Goya —que fue Paco para los amigos, pero pronto antepuso un 'de' a su apellido, detalle revelador—, se ocupó en rastrear la nobleza de su linaje. Y lo mismo y más hizo su hijo, Francisco Javier, que encargó en 1831 un costoso estudio sobre su abolengo, cuyas partes veraces se trufaban con mentiras. El nieto de Goya, Mariano, hombre bastante insoportable, gastó dineros y esfuerzos por hacerse con el título de marqués del Espinar, sin conseguirlo.

En el estudio que pagó Javier se citaba cierto documento de 1657 en el que constaban la «nobleza e hidalguía» de dos primos del bisabuelo de Goya, uno de ellos ya residente entonces en Zaragoza.

El viejo escrito ha sido localizado en Tolosa por García-Mercadal y de ahí ha brotado un atractivo estudio, editado por el Justicia de Aragón en dos volúmenes ('Francisco de Goya y Lucientes: la figura de un genio en su linaje'), en el que cinco especialistas (G. Redondo, F. García-Mercadal, J. Gómez de Olea, I. Garrido y A. Montaner) desmenuzan a conciencia el asunto. Esta historia goyesca empieza en el siglo XVI, en el caserío de Echeandía y Manchola (hoy Mantxola-txiki), cerca del núcleo zeraintarra. Esteban de Goya es el más antiguo antepasado conocido del genio.

La vida y carácter de Francisco Goya se ven así iluminados con nuevos detalles y rasgos. Y resultan ser, como siempre sucede, más interesantes, por verdaderos, que su biografía imaginaria.